

CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO

SIN SANTA MISA

Rito de entrada

A la hora establecida, el celebrante, revestido con sobrepelliz y estola, o también con capa pluvial blanca, se dirige con los ministros a la puerta de la iglesia, o, según las circunstancias, al altar. Allí saluda a los esposos expresándoles que la Iglesia participa de su alegría. Donde las circunstancias lo aconsejen, se omitirá este rito de recepción, y la celebración comenzará directamente con la Liturgia de la Palabra.

Si hay procesión al altar, preceden los ministros, sigue el celebrante y luego los novios, quienes, según las costumbres del lugar, serán conducidos al menos por sus padres y dos testigos. Mientras tanto, se entona un canto de entrada.

Guía:

Reunidos en la Casa de nuestro Padre del Cielo vamos a participar del matrimonio de N. y N. que han decidido unirse para siempre delante de Dios. Todos nos alegramos por este acontecimiento y nos disponemos a ser testigos de la promesa matrimonial que estos novios van a pronunciar según el rito de la Santa Iglesia Católica.

El celebrante saluda a los presentes con estas u otras palabras semejantes:

Hermanos:

Que Jesús, Modelo y Fuente del verdadero amor, esté ahora y siempre con todos vosotros.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

Luego, el celebrante invita a los presentes a orar, diciendo: Oremos a Dios, suplicándole derrame su gracia y su amor sobre estos contrayentes.

Y deja unos momentos para la oración en silencio. Luego dice la oración siguiente:

Señor, que consagraste el vínculo matrimonial con el sacramento que significa la unión de Cristo con la Iglesia; concede a estos novios que puedan practicar en su vida conyugal todo lo que sobre el matrimonio les enseña la fe. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

En lugar de la oración precedente, si por razones pastorales se lo considera oportuno, el celebrante puede hacer una breve exhortación. Lo hará con estas u otras palabras semejantes:

La unión de Cristo nuestro Señor con su inmaculada Esposa, la santa Iglesia, es el modelo divino del matrimonio cristiano, al cual llama san Pablo “sacramento grande”. Por su místico desposorio con la Iglesia, Cristo la santificó, le aseguró una existencia indefectible y una prodigiosa fecundidad espiritual. Por el sacramento del matrimonio se derraman sobre los contrayentes que lo celebran con las debidas disposiciones del alma, gracias y dones que los habilitan para cumplir con fidelidad los graves deberes que, en los designios providenciales, tiene señalada esta unión voluntaria del varón y la mujer creyentes: la propagación de la especie humana y la multiplicación de los verdaderos adoradores de Dios sobre la tierra.

No olviden que el lazo sagrado con que van a quedar unidos vuestras almas y vuestros cuerpos para toda vuestra vida, es Dios mismo quien lo ata, y que es él el único que puede desatarlo.

Estas reflexiones basten para haceros comprender la índole nobilísima del pacto que vais a celebrar, el respeto inviolable que le debéis, y la obligación de cultivar en vuestro nuevo hogar las virtudes propias para conservar la santidad de vuestro estado, hasta el fin de la existencia.

La Iglesia formula por mi intermedio los más fervientes votos para que así sea, y al bendeciros implora del cielo las bendiciones con que Dios premia a sus fieles servidores.

Liturgia de la Palabra

Sigue la Liturgia de la Palabra, como de ordinario; pueden hacerse tres lecturas, la primera de las cuales ha de tomarse del Antiguo Testamento.

Antes de las lecturas bíblicas, el Guía hace una breve introducción.

Lectura de la Carta del Apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 12, 31 - 13, 8a

Hermanos: Aspirad a los dones más perfectos. Y ahora voy a mostraros un camino más perfecto todavía. Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me falta el amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si me falta el amor, no soy nada. Aunque repartiera mis bienes para alimentar a los pobres. y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, tiene una confianza ilimitada, nunca pierde la esperanza, todo lo soporta. El amor no pasará jamás.

SALMO 127, 1-2. 3. 4-5

Ant. Como brotes de olivo en torno a tu mesa, Señor, así son los hijos de la Iglesia.

(Feliz el que teme al Señor
y sigue sus caminos!
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás feliz y todo te irá bien.

Tu esposa será como una vid fecunda
en el seno de tu hogar,
tus hijos, como retoños de olivo
alrededor de tu mesa.

(Así será bendecido
el hombre que teme al Señor!
(Que el Señor te bendiga desde Sión
todos los días de tu vida:
que contemples la paz de Jerusalén
y veas a los hijos de tus hijos!

LECTURA DEL EVANGELIO.

HOMILÍA

Después de la lectura del Evangelio, en la homilía sobre el texto sagrado, el celebrante hablará sobre el misterio del matrimonio cristiano, la dignidad del amor conyugal, la gracia del sacramento y los deberes de los cónyuges, atendiendo a las distintas circunstancias

CONSENTIMIENTO

Guía: Ahora seremos testigos del intercambio del consentimiento matrimonial entre N. y N. El celebrante los interrogará ante nosotros, que somos Iglesia, es decir, comunidad cristiana, para que manifiesten su consentimiento y se unan para siempre en santo matrimonio.

Liturgia del Sacramento

A continuación, todos se ponen de pie, y el celebrante dirige a las contrayentes estas u otras palabras similares:

Queridos novios: Habéis venido a la Casa de Dios para que el Señor consagre vuestro amor, en presencia del ministro de la Iglesia y ante la comunidad cristiana. Vosotros ya estáis consagrados por el Bautismo. Ahora, Cristo, al bendecir el amor que vosotros os profesáis, os enriquecerá y fortalecerá, por medio de otro sacramento, para que podáis ser mutuamente fieles y asumir las responsabilidades propias de la vida matrimonial. A fin de que la sinceridad de vuestro propósito quede de manifiesto delante de toda la Iglesia, os interrogaré en su nombre.

Interrogatorio de los novios

El celebrante los interroga sobre su libertad, su fidelidad y sobre la procreación y educación de los hijos.

Celebrante:

N. y N., ¿dan fe de que son plenamente libres para contraer matrimonio?

Novios:

Sí, damos fe.

Celebrante:

¿Se comprometen a amarse y respetarse durante toda vuestra vida?

Novios:

Sí, nos comprometemos.

La pregunta siguiente puede omitirse si lo piden las circunstancias, por ejemplo si los contrayentes son de edad avanzada.

Celebrante:

¿Se comprometen también a colaborar en la obra creadora de Dios, asumiendo vuestra responsabilidad en la comunicación de la vida y en la educación de los hijos de acuerdo con la ley de Cristo y de la Iglesia?

Novios:

Sí, nos comprometemos.

Consentimiento

El celebrante invita a los esposos a expresar su consentimiento.

Celebrante:

Manifestad entonces vuestra decisión de contraer matrimonio estrechándoos la mano derecha, y expresad ante Dios y su Iglesia vuestro consentimiento matrimonial.

Los contrayentes se estrechan la mano derecha y expresan su consentimiento con una de las siguientes fórmulas:

Fórmula 1

El novio dice:

Yo, **N.**, te recibo a ti, **N.**, como esposa, y prometo serte fiel tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándote y respetándote durante toda mi vida.

La novia dice:

Yo, **N.**, te recibo a ti, **N.**, como esposo, y prometo serte fiel tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándote y respetándote durante toda mi vida.

Fórmula 2

Si por razones pastorales pareciera más oportuno, el celebrante puede pedir el consentimiento de los contrayentes mediante una pregunta.

Primero pregunta al esposo:

N., ¿quieres recibir a **N.**, por esposa, y prometes serle fiel tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándola y respetándola durante toda su vida?

El novio responde:

Sí, quiero.

Luego el celebrante pregunta a la novia:

N., ¿quieres recibir a **N.**, por esposo, y prometes serle fiel tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándolo y respetándolo durante toda su vida?

La novia responde:

Sí, quiero.

Confirmación del consentimiento

Después, el celebrante que recibe el consentimiento dice:

El Señor confirme el consentimiento que habéis manifestado delante de la Iglesia, y realice en vosotros lo que su bendición os promete. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido.

Si se celebran juntos dos o más Matrimonios, cada uno de ellos es interrogado y expresa su consentimiento por separado. También tendrá lugar por separado la recepción del consentimiento. Lo demás, incluida la bendición nupcial, dígase en plural una sola vez.

También debe atenderse a este rito el diácono que, en ausencia del sacerdote, recibe del Obispo o del párroco la delegación para presidir y bendecir en nombre de la Iglesia la celebración del Matrimonio.

Bendición y entrega de los anillos

Ahora se bendicen los anillos que son el signo tradicional del amor y de la fidelidad matrimonial. La cruz que se trazará sobre ellos, esboza una imagen de nudo y atadura, y nos sugiere que Cristo ha unido indisolublemente las vidas de estos nuevos esposos.

Celebrante:

El Señor bendiga estos anillos, que os entregaréis el uno al otro como signo de amor y de fidelidad.

Pueden rociarse los anillos con agua bendita.

El esposo coloca el anillo en el dedo anular de la esposa. Si se cree oportuno, dirá:

N., recibe este anillo como signo de Mi amor y fidelidad. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Del mismo modo la esposa coloca el anillo en el dedo anular del esposo. Si se cree oportuno, dirá:

N., recibe este anillo como signo de mi amor y fidelidad. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Oración de los fieles y Bendición solemne de los esposos

Guía: Hagamos ahora nuestra oración fraternal.

El celebrante introduce la oración de los fieles con una de las siguientes moniciones u otra apropiada:

Hermanos: Oremos al Señor para que bendiga a estos nuevos esposos unidos con el vínculo de Cristo, y haga de ambos un solo corazón.

Después de la monición, puede dejarse un tiempo de oración en silencio o bien pueden hacerse las invocaciones de la oración de los fieles, como de costumbre, pero de tal modo que las invocaciones armonicen con la bendición siguiente y no la dupliquen.

Guía: A cada intención respondamos: **Te lo pedimos, Señor**

- ✓ Por el Pueblo de Dios, que es la Iglesia: para que ofrezca a los hombres una verdadera imagen del amor de Jesús. Oremos.
- ✓ Por N. y N.: para que toda su vida sea una respuesta fiel a la Palabra de Dios que acaban de escuchar. Oremos.
- ✓ Por los hogares de nuestra Patria: para que reine en ellos la comprensión y la armonía. Oremos
- ✓ Por todos los novios: para que se preparen seriamente a cumplir su misión matrimonial en la sociedad. Oremos.
- ✓ Por todos nosotros: para que seamos fieles a nuestra vocación de consagrar el mundo. Oremos.

Terminada la oración de los fieles, el celebrante imparte la bendición solemne de los esposos, con una de las fórmulas que siguen:

Guía: Ahora el celebrante impartirá una bendición especial sobre estos esposos. Participemos con toda atención, uniéndonos en la oración.

Celebrante:

Queridos hermanos: Oremos al Señor para que bendiga a esta hija suya, unida a su esposo con el vínculo de Cristo y haga de ambos un solo corazón.

Y todos oran en silencio durante breves momentos. Después, el celebrante, con las manos extendidas, prosigue diciendo:

Señor, tú hiciste todas las cosas de la nada. Coronaste la creación haciendo al hombre a tu imagen y le diste por compañera inseparable a la mujer, para que ya no fueran dos, sino una sola carne. Así nos enseñaste que nunca se ha de separar lo que tú has querido unir.

Señor, tú consagraste la vida conyugal por medio de un sacramento tan grande, prefigurando a través del matrimonio la unión que existe entre Cristo y la Iglesia.

Señor, tú unes al hombre y a la mujer y das a esta unión establecida desde el principio, la única bendición que no fue abolida por la pena del pecado original, ni por la condenación del diluvio.

Por eso te pedimos: mira con bondad a esta servidora tuya que después de haberse unido en matrimonio con su esposo implora tu bendición. Concédele el don del amor y de la paz, y la gracia de imitar a aquellas mujeres ejemplares que son alabadas en la sagrada Escritura. Que el corazón de su esposo confíe siempre en ella, y reconociéndola como su compañera y coheredera de la Vida eterna, la respete y la ame como Cristo, ama a la Iglesia.

Que la firmeza de la fe y el cumplimiento de tus mandamientos los mantenga íntimamente unidos, y haga de ellos un ejemplo para los demás, de manera que inspirándose en el Evangelio, den a todos un buen testimonio de Cristo.

(Que sean padres fecundos y de reconocida virtud, y puedan ver a los hijos de sus hijos.)

Y después de una vida larga y feliz, gocen de la paz de los santos en el Reino de los Cielos. Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

O bien:

Según las circunstancias, se puede omitir uno de los dos párrafos primeros, Padre Santo; Señor tú quisiste, conservando el que corresponda mejor con las lecturas que se han proclamado.

Celebrante:

Oremos al Señor

por estos esposos unidos en matrimonio ante el altar de Dios, para que permanezcan siempre unidos por el amor.

Y todos oran en silencio durante breves momentos. Después, el celebrante, con las manos extendidas, prosigue diciendo:

Padre santo, tú hiciste al hombre a tu imagen y lo creaste varón y mujer, a fin de que, uniéndose en su cuerpo y en su corazón, cumplieran su misión en este mundo.

Señor, tú quisiste que la unión de los esposos nos revelara el designio de tu amor y fuera el signo de la Alianza que hiciste con tu Pueblo, haciendo que pusiera de manifiesto el misterio de la unión que existe entre Cristo y la Iglesia.

Te pedimos que bendigas a estos hijos tuyos. Que se comuniquen mutuamente las riquezas del amor que los ha unido, y manifiesten tu presencia entre ellos, siendo un solo corazón y una sola alma. Que den verdadera consistencia a su hogar con la práctica de las buenas obras; que eduquen a sus hijos de acuerdo con el espíritu evangélico, y así los preparen para incorporarse a la Familia del Cielo.

Bendice a tu hija N., para que cumpla sus deberes de esposa y madre, alegrando el hogar con la ternura de su amor. Bendice a tu hijo N., para que cumpla sus deberes de esposo fiel y padre generoso.

Te rogamos, Señor, que estos esposos unidos ante ti, (así como ahora se acercan a la mesa del altar,) puedan alegrarse un día en el banquete de tu Reino. Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

O bien:

Celebrante:

Queridos hermanos: Imploremos la bendición de Dios sobre estos esposos, para que él proteja bondadosamente a quienes ha santificado por medio del Matrimonio.

Y todos oran en silencio durante breves momentos. Después, el celebrante, con las manos extendidas, prosigue diciendo:

Padre santo, creador del universo, tú hiciste al varón a la mujer.

Los creaste a tu imagen y quisiste bendecir su unión.

Te pedimos por estos esposos que acaban de unirse en matrimonio:

Concédeles tu más abundante bendición para que, a la vez que se alegran de su mutua entrega,

hagan fecundo su hogar y enriquezcan espiritualmente a la Iglesia.

Que te alaben cuando estén alegres y te busquen cuando estén afligidos,

que se mantengan serenos en medio de las dificultades,

sabiendo que cuentan contigo y que estás a su lado para ayudarlos.

Que te invoquen en las celebraciones litúrgicas, sean tus testigos en el mundo,

y después de una vida larga y feliz,

en compañía de sus amigos lleguen a tu Reino eterno.

Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

*Si el rito termina sin Comunión, se concluye con el rezo del **Padre nuestro**, después del cual se imparte la bendición final con una de las fórmulas que figuran más abajo.*

Comunión

Si los esposos han de recibir la Comunión, después de la oración del Padre nuestro el celebrante distribuye la Eucaristía, según costumbre. Luego puede haber un momento de silencio o se entona algún salmo o un cántico de alabanza. Después, el celebrante reza una de las siguientes oraciones para después de la Comunión.

Te rogamos, Señor, que bendigas esta unión matrimonial por la eficacia de este sacramento y mantengas siempre unidos a los que hiciste participar del mismo Pan. Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Bendición final

Después del rezo del Padre nuestro, o de la Comunión, si ha tenido lugar, el celebrante imparte la bendición a los esposos y a todos los presentes con una de las fórmulas siguientes, con las manos extendidas sobre los esposos:

Guía:

A cada una de las bendiciones respondemos: **Amén.**

Celebrante:

Dios, Padre, eterno, les conserve unidos en el amor y que la paz de Cristo habite en ustedes.

Todos:

Amén.

Celebrante:

Sean benditos en sus hijos, que encuentren ayuda en sus amigos y vivan en paz con todos.

Todos:

Amén.

Celebrante:

En el mundo, sean testigos del amor de Dios, y que los pobres y afligidos sean objeto de su bondad y les reciban un día en las mansiones eternas de Dios.

Todos:

Amén.

Celebrante:

Y a todos ustedes que están aquí congregados les bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Todos:

Amén